

JANE PAR CHARLOTTE



Charlotte Gainsbourg ha dirigitu su primera película.

Retrato y autorretrato

QUIM CASAS

Siempre ha habido algo magnético en Jane Birkin y en Charlotte Gainsbourg, mucho más allá de la balada de Melody Nelson, “Je t’aime, moi non plus”, “Lemon Incest” y la sombra omnipresente de Serge Gainsbourg. Es impresionante la capacidad que han tenido ambas de encauzar sus propias trayectorias, tanto en el cine como en la música, perteneciendo durante años al devorador ecosistema de Gainsbourg sin romper para nada con él, con lo que ha representado para la cultura popular, sus polémicas y desplantes. Ese algo está tan lejos y tan cerca a la vez, parafraseando el título de un film de Wim Wenders. Algo muy creíble, aunque a veces la madre, en sus actuaciones musicales o cinematográficas, parezca demasiado afectada, y la hija, en sus conciertos y películas, resulte hierática. Pero son así. No hay impostura. Solo una postura siempre coherente. Por eso *Jane par Charlotte*, el film documental que una ha

Cada una, a su manera, ha aceptado los más diversos desafíos a lo largo de sus respectivas trayectorias

El film rebela la capacidad de madre e hija para desnudarse emocionalmente frente a la cámara

dedicado a la otra, es a veces tan emocionante: pese a que saben que están siendo filmadas, y que además una de ellas es quien decide lo que se filma y después se montará, la naturalidad en sus conversaciones, la forma que tienen de evocar situaciones de su pasado, y no las más felices, es muy reveladora de la fortaleza escénica e íntima de Jane y Charlotte, Charlotte y Jane, capaces de desnudarse emocionalmente sin que lo parezca.

La película comienza con la gira japonesa de Birkin. Jane actúa. Charlotte acude a los conciertos y la filma. Hablan de sí mismas, pero en función de la otra. Sus sentimientos se entrecruzan, porque ni Birkin tuvo una maternidad fácil ni Gainsbourg una infancia apacible. El film se convierte en un inesperado bálsamo para ellas, para su relación. No es que haya viejas rencillas o heridas que curar, aunque siempre las hay en toda familia de artistas, pero algo, o mucho, de exorcismo madre-hija tiene esta hermosa película.

Es muy intenso ver como Jane le dice que quería sentir algo muy táctil al tocarla, pero que le daba miedo, y Charlotte le contesta algo parecido en relación a una de sus hijas, Alice; o cuando la actriz de *Daddy Nostalgie* le explica a la de *La pequeña ladrona* que sigue sin entender como pudo tomar somníferos cuando estaba embarazada de ella. A partir de escenas más improvisadas en su puesta en escena o de conversaciones muy estudiadas en cuanto a iluminación y composición visual, la ex esposa y la hija de Serge, porque el autor de “La Javanaise” está presente –no siempre– en la historia, dialogan sobre las distancias, los afectos, los celos, la familia, la intimidad.

Cada una, a su manera, ha aceptado y afrontado muchos desafíos en el cine, la música y la vida. Charlotte con la trilogía de Lars von Trier, por ejemplo –porque hay que tener valor para afrontar los personajes de *Anticristo*, *Nymphomaniac* y, en menor medida, *Melancolía*–, o con su trabajo en *Lux Aeterna* de Gaspar Noé. En cuanto a Jane, desde que fuera una de las adolescentes que se acuestan con el fotógrafo de *Blow Up* hasta sus trabajos con Rivette, Resnais, Godard, Doillon o Varda. Es precisamente esta directora la única que las había unido anteriormente en la pantalla, en el nada ortodoxo documental *Jane B. par Agnès V.* y en la muy curiosa *Kung-fu Master*, en la que también aparecía la actriz y cantante Lou Doillon, hija de Birkin y Jacques Doillon.

Jane par Charlotte es el último de esos desafíos. Quizás el más sencillo. También el más complejo. Y un desafío compartido. Un retrato y un autorretrato al mismo tiempo.

Cuando Jane encontró a Gainsbourg

JON PAGOLA

Además de lo obvio (la música, la sangre, la inclinación artística), Jane Birkin y Charlotte Gainsbourg comparten una visión refinada de la música pop. Con prestar atención a alguna de sus versiones uno llega a la conclusión de que el buen gusto regado de talento evapora comparaciones, casi siempre, odiosas. Ocurre en el cabaret light de “Harvest Moon”, la balada con la que Neil Young ponía a bailar a una pareja de amantes bajo una superluna. Acompañada de Neil Hannon, Rufus Wainwright, Dominique A y Beth Gibbons, entre otros, el disco ‘Fictions’ (2006) fue la demostración de que mucho tiempo después del bombazo de “Je t’aime... moi non plus” la flor y nata del indie acogía a la estrella inglesa –se mudó a París cuando tenía 19 años– como parte de su familia. En el caso de la revisión del “Hey Joe” que popularizó Jimi Hendrix, el mérito de Charlotte, actriz y cantante como su madre, puntúa doble: no debe ser fácil salir victoriosa de un tema que acumula decenas de ver-

siones, algunas brutales, desde la explosiva interpretación de los garajeros The Leaves, pasando por The Byrds o Johnny Hallyday.

La carrera de Charlotte Gainsbourg comenzó envuelta en un escándalo mayúsculo. Junto a su padre –un emblema cultural en Francia, provocador desde la no felación de “Les Succettes” con France Gall– cantó “Lemon Incest” en 1984, cuando solo tenía doce años. El videoclip, donde se ve a un maduro Serge Gainsbourg recostado sin camiseta al lado de su hija, levantó ampollas. Ella recita con voz infantil un fragmento que le ha perseguido toda la vida: “Te quiero más que a nada. El amor que nunca haremos juntos es el más bello, el más violento, el más puro, el más embriagador”. Los últimos años le ha conseguido quitar algo de hierro a este espinoso asunto. En una entrevista concedida a The Guardian en 2019, aseguraba que la letra habla de “infinito amor” mutuo entre un padre y su hija, aunque, reconoce, la palabra incesto revolotea como un cuervo sobre la canción. “Ahora todo es políticamente demasiado



Jane par Charlotte.

correcto. Demasiado aburrido. Demasiado previsible. Y todo el mundo tiene miedo de lo que podría ocurrir si se llega demasiado lejos”, zanjó Charlotte.

Debutó siendo una preadolescente (*Charlotte For Ever*, 1986), pero su faceta musical no cogió vuelo hasta coincidir casualmente con el lanzamiento de *Fictions*, de su ma-

dre Jane Birkin. Al igual que ella, se ha sabido rodear estupendamente: primero con el productor Nigel Godrich (Radiohead, Air), y luego con Beck, que extrae petróleo en el álbum ‘IRM’, de 2009. Ya en 2017 se alía con el dj SebastiAn, que previamente había remezclado su versión de “Hey Joe”. El resultado de esta unión se plasma en ‘Rest’, un

disco sofisticado y de tintes *synth pop* que marca un nuevo hito. Por su parte, Birkin rompió el año pasado una larga sequía en colaboración con Etienne Daho. ‘¡Oh! Pardon tu dors...!’ es su regreso al territorio de pop maduro y elegante que, en el tema titular, a dúo con Daho, recuerda a los lejanos tiempos de musa de Gainsbourg.